

**Revisión Nacionalsindicalista del ensayo de Ortega y Gasset,
titulado: "Biología y Pedagogía"**

por Pedro Laín Entralgo

A los maestros del Sindicato Español del Magisterio, que tienen en sus manos el agraz del Nacionalsindicalismo y de la España Grande. Con deseo urente de ver que el 'mpetu germinal de nuestra Revolución les da fuerza y sabiduría para crear la Escuela Nacionalsindicalista.

I

Razón y sentido del título

Nadie se extrañe si dedico mi trabajo de ahora a lo que podría tenerse por exhumación inoportuna de textos, ni lo bastante antiguos para considerarles venerables, ni suficientemente indiscutibles para disputarles ejemplares, ni tan influyentes entre los técnicos que puedan catalogarse como decisivos. Todo un haz de razones me ha movido a pensar en público sobre el ensayo arriba nombrado. La primera, considerar que las ideas no se hacen pronto tan viejas, sobre todo cuando poseen, como la psicología biologista que Ortega entonces tomaba de sus creadores, la virtud de arruinar en pocos años navíos tan vigorosos de apariencia como el darwinismo y el mecanicismo asociacionista. Pienso también que la siembra que el aludido ensayo pudo hacer será hoy en muchos de los nuestros cosecha mostrenca, lo cual obliga a que todos, cada uno según su posibilidad, se den a la tarea de enderezar lo torcido que hubiese y cortar lo encizañado. Prescindiendo en absoluto de la consideración de su persona, lo cual está bien lejos de mi competencia, Ortega introdujo en España ideas que hoy van por el mundo con plenísimo derecho, siquiera hiciese de ellas—a veces—aplicación no absolutamente correcta, como sucede con las de que ahora me ocuparé. Mi intento va claramente indicado en el título: revisar el ensayo con criterio nacionalsindicalista, recoger de él lo aprovechable, denunciar lo inadmisible e intentar alguna solución positiva que sirva al maestro de España.

He dicho criterio nacionalsindicalista. Quien tenga de nuestro Movimiento una idea tan mezquina como suponerle mera contingencia histórica o una nueva versión de los ensayos corporativos, quedará tal vez sorprendido. Pues nada más sorprendente que su sorpresa misma. Porque ya es hora de proclamar a los cuatro vientos, para advertencia de ignorantes y de enemigos, que el Nacionalsindicalismo no es meramente una bandera de justicia social o la promesa caliente de un Estado Nuevo, pero también—y sobre todo—esto: la más entera **realización actual** de la auténtica esencialidad española. Ahora en el ímpetu, luego en la dialéctica irrefutable de los hechos. El Nacionalsindicalismo, por lo mismo que es “modo de ser”—lo dijo José Antonio, lo repiten todos, y sólo pocos comprenden el profundo sentido de estas tres palabras—lleva consigo toda una concepción trascendente del mundo. El ágil, ardentísimo y español impulso revolucionario que sus creadores comunicaron a la Falange no dimanaba de una simple reacción contra la coyuntura histórica del marxismo, sino justamente de un modo de ser que se extiende desde la violencia armada y heroica hasta la consecuencia menuda de futuras técnicas pedagógicas, pongo por caso pertinente. Unos enseñaron la hondísima dimensión del Movimiento con el sacrificio de su vida misma. Sepamos sus seguidores llevar a lo concreto, en la idea y en la obra, la Revolución creadora que exige el supremo y último deseo de nuestros Caídos. Pero bueno será dejar ahora el párrafo exaltado y cumplir el propósito de servicio en la cantera propia.

Lo que Ortega dijo

La historia de aquel ensayo y de esta revisión comenzó hace ya bastantes años, cuando cierto orden ministerial hizo preceptiva en las escuelas la lectura del Quijote. El vacío pragmatismo de Antonio Zozaya alzó su voz de protesta, exigiendo la sustitución del Quijote por los periódicos, porque son éstos y no aquel los que en verdad “preparan para la vida”. Aquí terció Ortega publicando su ensayo, encaminado a reivindicar los fueros de la auténtica vida y a defender lo que podría llamarse el derecho del niño a su mundo (o a su paisaje, como él decía). Pretendía con ello introducir entre los pedagogos españoles las primicias de una posible pedagogía vitalista, basada en la obra biológica de Roux, Driesch y v. Uexküll, y en una psicología con ella congruente. Antes de revisar, sin embargo, vayamos a lo que Ortega mismo dijo. Dedicóse, de una parte,

a precisar lo que en verdad debe entenderse por vida. La cual no es, como pretendió el darwinismo, simple suma de una serie de adaptaciones al medio, esto es, lo que aspiraba a pensar la vacuidad darwinista de Zozaya y sus periódicos. No es lo más vital aquello que está tan exactamente adaptado a su medio como la horma a su zapato o como el especialista a su especialidad; sino lo primitivo, precisamente lo que no emplea su actividad en escueta adaptación al medio, lo que posee mayor cantidad de reportorios vitales, como el pseudópodo de la amiba—que progresa, digiere y expulsa, sin estar fijamente adaptado—o como, en oposición al técnico especialista, el salvaje, ante el cual toda vida cultural y técnica es posible. O, en fin, como el niño. El Quijote, según Ortega, no sirve como lectura infantil, y no porque su antigüedad no prepare para la vida actual, sino por demasiado **moderno**, porque corresponde a época cultural posterior a la primitividad vital, antigua, creadora del niño.

Todo hombre adulto, en efecto, posee una serie de **mecanismos** técnicos, políticos, etc., que constituyen su civilización moderna, especializada y cotidiana: su zona de adaptación al medio. Por debajo de ellos, en un estrato menos diferenciado y más vital, están las **funciones culturales** del pensar científico, de la moralidad, de la creación artística, funciones madres de los mecanismos anteriores y plasmadoras de lo que llamamos la cultura del hombre en cuestión. Por fin, en el fondo de la personalidad, como sustrato vital suyo, están los **ímpetus primarios** de la psique, que dan al hombre su espontaneidad: el coraje, la curiosidad, el amor y el odio, la agilidad intelectual, el afán de gozar y triunfar, la confianza en sí y en el mundo, la imaginación, la memoria. Esta zona es justamente la vida más vida, la **natura naturans**, la menos adaptada y la más unitaria y creadora: es la que da vigor al héroe legendario, al “hombre” de Plutarco, al bárbaro que Platón—en el fondo—admiraba, al primitivo salvaje. Es también la que domina en la psicología infantil y hace que el niño sea más niño. En ella arraiga, por ejemplo, el deseo, modo de volición anterior al querer concreto y especializado: el deseo es el manantial nutricio de los diversos queres con objeto propio, como la raíz vital que les da fuerza. En ella también eso que Ortega llama emoción matriz de ideas, sentimientos y actos o pulso de vitalidad propios de cada alma; del cual depende el sentimiento primario de simpatía generosa o de resentida antipatía que surge en nosotros a la vista de una persona o de un hecho, germen emocional que luego se diversifica en una serie temporal de sentimientos, ideas y actos. También se enraíza en

aquel estrato de la psique el sentimiento—inútil respecto al medio, para confusión de la estrechez darwiniana—que vitaliza todo nuestro ser, fundiéndole en entusiasmo, en dolor o en heroísmo a la vista de tal escena o durante la audición de cual relato.

Aparte de dar esa imagen vital de la vida, como ímpetu primario y creador—como potencia prospectiva, que dicen más técnicamente los biólogos de las escuelas citadas—introdujo Ortega en la pedagogía el concepto del **medio vital**, o del paisaje, inventado por v. Uexküll. Cada ser vivo sólo toma del medio que le rodea determinadas notas: el resto resulta para él en absoluto inexistente. La medusa sólo recoge del mundo marino en que vive variaciones de presión; y todo lo demás, formas, colores, salinidad, luz, le es totalmente ajeno. El ser vivo se adapta perfectamente a su medio vital, y sin conocer éste no puede comprendérsele. El cazador tiene en el campo un mundo vital diferente del labrador, y justamente más rico, por lo mismo que su versión hacia el mundo es menos utilitaria, más deportiva. El niño, por su parte, tiene un mundo vital que no es el del adulto: el niño vive en y de lo deseable, así como el adulto de lo real y el viejo de lo pasado. Así como el adulto vive de la historia, de la fluencia **real** del mundo, el niño habita siempre en la leyenda, en la fluencia **deseada** o, como decimos los mayores, imaginaria. El alma del niño es la varita de virtudes que logra siempre el milagro del ¡mesita compónte! El cuento y el mito valen para él tanto como para el financiero las cotizaciones o para el médico la historia clínica de sus enfermos.

Estas dos series de ideas: concepto vital de la vida y medio vital del niño, le sirven a Ortega para elaborar unas cuantas conclusiones pedagógicas. Es preciso que la pedagogía enriquezca la fontana vital del niño, de la cual saldrá luego toda su potencia cultural y especializada: que “potencie el **salvajismo** con la educación”. Salvajismo, no en el sentido de Rousseau, sino como fuerza primaria para acometer las tareas de la Cultura, como salud vital primigenia. Una pedagogía—escribía entonces Ortega con expresión de moda—de secreciones internas, avivadora de aquel **deseo** germinal mencionado. Hay que hacer que los niños, y luego los hombres, posean lo que Ortega llama **vida ascendente**, generosa, creadora, incapaz de resentimiento ni de rencor, como la propia de los pueblos jóvenes y en creciente. Hay que educar la salud vital antes incluso que la salud ética, dice Ortega. Después de que el hombre sea sano vitalmente, vendrá el tiempo de hacerle bueno moralmente, sabio, técnico o buen ciudadano. La fuerza del salto de agua es antes que su

aprovechamiento en la turbina. Es preciso, en fin, “fomentar con desinterés y sin prejuicios el tono vital primigenio de nuestra personalidad”. El niño, en consecuencia, debe ser envuelto en un ambiente “perennemente antiguo, primitivo, siempre entre luces y rumores de aurora”, so pena de deformar grosera e inútilmente su medio vital con una pedagogía referida al medio vital del adulto. Máxime cuando, al crecer el hombre en edad, no anula su madurez al niño que fué. Queda el niño en el hombre como la pedrezuela interior del cascabel, envuelto en una cáscara de vida civilizada, adecuada al medio real. Los actos del hombre creador en arte, ciencia o imperio, son como consecuencias reales de un choque del núcleo pueril que lleva, siempre pronto al ansia festival o deportiva, con la cáscara de su madurez. Todo lo pasado perdura en nosotros, y muchos hombres deformes psíquicamente lo son—como Freud enseñó—por llevar dentro un niño con plomo en el ala. Esta potenciación del medio infantil, de su vida primaria y creadora, se consigue educando el sentimiento. Hércules y el toro, Ulises y el Cíclope, tendrán siempre—en relato en estampa—una acción avivadora, hormonal, sobre la psique infantil, que la llenará de entusiasmo, de afán heroico o de ímpetu creador. El mito ha sido, es y será instrumento ineludible de educación vital, que es la primera y más eficaz educación. De ahí que el Quijote no sirva para la escuela, como también quería Zozaya, pero por causas bien diversas: no por antiguo, sino justamente por demasiado cultural y demasiado poco primitivo. Cuando los niños salgan de la escuela vitalmente fuertes y sanos, entonces toda educación ulterior será posible.

En qué acertó Ortega y Gasset

Cuando un nacionalsindicalista se ocupa de la obra de Ortega, debe apelar a una estudiosa discriminación. Su puesto no está entre el coreuta que creía resolver toda su tarea cultural bebiendo dócilmente las aguas de la obra orteguiana y el energúmeno pseudotradicional—o neopatriota—que no se conformaría con menos de quemarla, sino sobre unos y otros, en cuanto su propia concepción del mundo supera con mucho ese angosto partidismo cultural. Que en el ensayo “Biología y Pedagogía” hubo aciertos de consideración, eso no puede escapársele a ninguno de cuantos realmente viven y piensan el Nacionalsindicalismo. No es el menos importante la revalorización de la vida como tal que en él aparece. Durante todo el ochocientos, en contraste con la invocada y pretendida vuelta a la

Naturaleza de Rousseau, vivía el hombre artificialmente escindido. De un lado, su mundo del conocimiento, sometido a la ley de una Razón mecanizada y divinizada, le daba de sí y de su ambiente una imagen físico-mecánica: en lo biológico, la vida fué adaptación darwiniana al medio; en lo psicológico, asociacionismo radical, que en fin de cuentas es mecanismo del alma, y en lo pedagógico, salvada la escuela rural—en la cual perduraban sin vida rutinas falsamente tradicionales—se educaba al niño en una especialización juiciosa y manchesteriana, como si el hombre cumpliera sus fines sabiendo distintos tipos de leyes mecánicas y haciendo las tareas de su especialización técnica. Al muchacho humilde le señalaban su ideal en aquel serio y barbado sujeto con su mandil de cuero ante el yunque, al cual la ironía de Xenius llamó “el obrero de la orla”. El menos humilde—por talento o por dinero—soñaba con la ingeniería. Niños circunspectos, lectores del “Juanito”, que cumplían su papel preguntando con toda seriedad por la máquina neumática. Mientras tanto, expulsada la vida del dominio de la ciencia y de la educación, se refugiaba en lo que se llama romanticismo, falsa vida sin norma ni ley en el arte, en las letras y en las costumbres; vida al mismo tiempo vergonzante y descoyuntada, febril y enfermiza. Tan torcida, que muchas veces creía cumplir su fin supremo en su misma negación: en el suicidio.

Frente a esta escisión ochocentista, había que levantar la bandera de la auténtica vitalidad. La vida como unidad primaria, como ímpetu creador, como fuente en la cual toman su lozanía todas las otras actividades humanas. Nietzsche, al cual—por encima de sus descarríos—tanto debemos, fué el campeón de esta lucha contra su siglo. Luego vinieron todos los que, acaso con distinto signo, llevaron la vida a la filosofía y a las costumbres, esto es, a la vida misma. A lo abstracto se opuso lo concreto, al formalismo la forma, a lo razonado lo visto, a la legalidad la legitimidad. Ortega se hizo en España representante de esta postura filosófica, siquiera algunas veces se quedase en el camino y otras lo emprendiese equivocado. Nosotros, los nacionalsindicalistas, que invocamos como una de nuestras virtudes el ímpetu y aspiramos a devolver a tantas cosas su ser primero—al Estado, a la Economía, a la Cultura misma—no podemos renegar de este sentido vitalizador del ensayo de Ortega. Eso sí; ahora, como siempre, hemos de imponer nuestra norma, y de ello será luego ocasión.

Otro acierto de Ortega, congruente con este, fué su propuesta de vitalizar al niño en la escuela por medio del entusiasmo. A la

escuela se va—dicen las gentes—a aprender. Para quienes piensen con esa limitación, el “Instruir deleitando” cumple todos los **desiderata**. Yo opondría a esa esta otra fórmula: “Formar entusiasmando”. El niño no va a aprender simplemente, sino a que la educación informe en él, dé forma en él, a ese germen indiferenciado de resortes vitales que luego han de servirle en el trabajo, en la lucha y en el servicio. La auténtica educación está en conseguir que el niño, tratado como tal niño, sepa devenir hombre. Hombre entero y verdadero, como suele decirse. Y para ello no sólo hay que enseñar, pero también entusiasmar. El niño al cual se deleita en la escuela ha pasado agradablemente las horas lectivas, y nada más. El niño al cual se entusiasma de modo que quede en su alma chiquita, llena de posibilidades, una semilla de ilusión en orden al bien, a la verdad o a la belleza, sale de la escuela tenso el brío primerizo de su psique y dispuesto a dar sobre la vida el salto que le haga—si Dios le dió medio y coyuntura histórica—un Ignacio de Loyola, un César, un Newton o un Rafael. Todo ello no sería posible si no se educase el sentimiento. Cuidado, que esto no es educar en el sentimentalismo, ni siquiera lo que suele llamarse “afinar los sentimientos” o femenil e inútil “educación de adorno”. Educar el sentimiento vale tanto como conseguir que la participación afectiva del niño en el mundo sea recia y vivaz. Si no conseguimos que su sentimiento respecto a los hombres sea intenso y generoso, nunca podrá ese niño ser un buen sacerdote, un buen médico o un maestro eficaz. Si no logramos que el sentimiento de la naturaleza sea vivo e ilusionado, nunca el niño podrá ser naturalista, astrónomo o geógrafo. Si la obra que salga de las manos infantiles no es sentida con vital sentimiento de creación, nunca será posible la artesanía. Y si, en fin, no cuidamos de que la postura del niño respecto a su medio—Familia, Patria y Fe sobre todo—sea sentida íntima y agudamente, nunca ese niño será un hombre entero, un hombre que merezca tal nombre: lo cual, mucho antes que cualquier otra cosa, es lo que nos interesa a los nacionalsindicalistas. Todo esto es lo que podemos tener como un acierto—y no es poco—en el ensayo de Ortega sobre Pedagogía.
